Lección 10
3 de Diciembre de 2011

Los dos pactos

Gilberto G. Theiss

Nunca hubo dos métodos de salvación. El mismo pacto determinado por Dios con su pueblo en el pasado es el mismo pacto establecido con su pueblo actual. Aunque el pacto reciba la denominación de nuevo o antiguo, el cimiento o fundamento siempre fueron los mismos: la salvación sólo por la gracia por los méritos de Cristo, y obediencia por amor y gratitud. Si hubiera un pacto nuevo y otro antiguo, entonces el nuevo sería realmente antiguo, por cuanto fue establecido antes de la fundación del mundo (Mateo 25:34; Efesios 1:4; 1 Pedro 1:1-20; Apocalipsis 13:8).

Muchos con sinceridad alegan que el antiguo pacto se basaba en la Ley, Esta idea no puede ser verdadera, pues la Ley, aún en el Antiguo Testamento, no podía hacer nada por el pecador. Sólo el cordero sacrificado y su sangre asperjada en el templo podían aportar perdón y remisión. La Ley en el período anterior a Cristo sólo sirvió para mostrar lo que es pecado y la necesidad de procurar el perdón a través del cordero. En el Nuevo Testamento, esos corderos y todas las festividades del santuario fueron sustituidas por el Cordero original –Jesucristo (Juan 1:29)–. La Ley permaneció intacta cumpliendo el rol que siempre había ejercido, el de mostrarle al pecador su real condición y la necesidad de ampararse en Cristo.

Lectura adicional

“Debemos aprender en la escuela de Cristo. Sólo su justicia puede darnos derecho a una de las bendiciones del pacto de la gracia. Durante mucho tiempo hemos deseado y procurado obtener esas bendiciones, pero no las hemos recibido porque hemos fomentado la idea de que podríamos hacer algo para hacernos dignos de ellas. No hemos apartado la vista de nosotros mismos, creyendo que Jesús es un Salvador viviente. No debemos pensar que nos salvan nuestra propia gracia y nuestros méritos. La gracia de Cristo es nuestra única esperanza de salvación. El Señor promete mediante su profeta: ‘Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar’. Isaías 55:7. Debemos creer en la promesa en sí, y no aceptar un sentimiento como si fuera fe. Cuando confiemos plenamente en Dios, cuando descansemos sobre los méritos de Jesús como en un Salvador que perdona los pecados, recibiremos toda la ayuda que podamos desear”.

“Miramos a nuestro yo como si tuviéramos poder para salvarnos a nosotros mismos, pero Jesús murió por nosotros porque somos impotentes para hacer eso. En Él están nuestra esperanza, nuestra justificación, nuestra justicia. No debemos desalentarnos y temer que no tenemos Salvador, o que El no tiene pensamientos de misericordia hacia

nosotros. En este mismo momento está realizando su obra en nuestro favor, invitándonos a acudir a Él, en nuestra impotencia, y ser salvados. Lo deshonramos con nuestra incredulidad. Es asombroso cómo tratamos a nuestro mejor Amigo, cuán poca confianza depositamos en Aquel que puede salvarnos hasta lo sumo y que nos ha dado toda evidencia de su gran amor".

"Mis hermanos, ¿esperan que sus méritos los recomendarán para recibir el favor de Dios, pensando que deben ser liberados del pecado antes de que confíen en su poder para salvar? Si ésta es la lucha que se efectúa en su mente, temo que no obtengan fortaleza y que al final se desanimen" (*Fe y obras*, p. 35).

Lo básico de los pactos

Génesis 1:28; 2:2, 3, 15-17

Lucifer se rebeló en el Cielo contra Dios y contra todos los que permaneciesen del lado de la Divinidad. Todos los rebeldes fueron expulsados de las mansiones celestiales y la Tierra fue el próximo objetivo de los rebelados. Por esa razón, Dios hizo a los humanos un poco por debajo de los ángeles (Salmo 8), para que fueran probados. Esta prueba fue necesaria debido a que la rebelión ya se había iniciado en el cielo. Cuando Dios trajo a la existencia a la primera pareja, estableció allí los principios de su Ley: "No comerás del fruto del fruto del árbol que está en el medio del huerto" fue el pacto establecido con ellos. La prueba no constituyó en nada exorbitante ni mucho menos difícil de cumplirse. Tampoco no representó una existencia por las obras, pues la gracia era extendida a ellos por haberles sido dada la existencia y por ser agraciados con el Edén. No había en ellos inclinación al mal, pero aún en esas condiciones favorables, desconfiaron de Dios y prefirieron arriesgarse con el pecado. El principio del pacto se quebró y Dios sacó de la manga el plan B determinado antes de la fundación del mundo (Mateo 25:34; Efesios 1:1; 1 Pedro 1:1-20; Apocalipsis 13:8). Dios mismo se encarnaría para pagar la penalidad de la muerte eterna determinada por su Ley ("ciertamente morirás"). Aún cuando Jesús pagara el precio del pecado sustituyéndonos en la condenación, la Ley de Dios permanecería como regla de conducta y una clara evidencia de lo que es el pecado. La Ley pasaría a ser engrandecida por ejercer el noble rol de conducirnos a Cristo, el Único capaz de rescatar al alma perdida de la condenación del pecado. La Ley de Dios no es el pacto para la salvación, pero es pacto para los que ya están salvos. Este pacto, aunque rehecho en diversas ocasiones, posee como base la salvación por la fe en Cristo y la obediencia por amor a la voluntad de Dios revelada en sus Mandamientos.

Lecturas adicionales

"Nuestro Creador demanda nuestra devoción suprema, nuestra primera lealtad. Todo lo que tienda a abatir nuestro amor a Dios, o a interferir con el servicio que le debernos, se convierte por eso mismo en un ídolo. Para algunos, sus tierras, sus casas, sus mercaderías, son los ídolos que adoran. Emprenden actividades comerciales con celo y energías, mientras al servicio a Dios se le da una consideración secundaria. Se descuida el culto familiar y se olvida la oración secreta. Algunos pretenden obrar justamente con sus semejantes, y creen que al hacerlo así cumplen todo su deber. Pero no basta cumplir los seis últimos mandamientos del Decálogo. Debemos amar al Señor nuestro Dios con todo el corazón. Nada menos que la obediencia de todo precepto, nada menos que un amor supremo, como asimismo el amor a nuestros semejantes como a nosotros mis-

mos, puede satisfacer los requerimientos de la ley divina" (*Signs of the Times*, 26 de enero, 1892; citado en *Hijos e hijas de Dios*, p. 59).

"La condición para alcanzar la vida eterna es ahora exactamente la misma de siempre, tal cual era en el paraíso antes de la caída de nuestros primeros padres: la perfecta obediencia a la ley de Dios, la perfecta justicia. Si la vida eterna se concediera con alguna condición inferior a ésta, peligraría la felicidad de todo el universo. Se le abriría la puerta al pecado con todo su séquito de dolor y miseria para siempre" (*El camino a Cristo*, pp. 61, 62).

El pacto con Abram

Gálatas 12:1-5; 15:1-6

Abrahán vivió unas de las experiencias más hermosas de toda la Biblia. Vivió en un período de extrema incredulidad. Sodoma y Gomorra son dos notables ejemplos de tal incredulidad. Obedeciendo a Dios, por la fe salió de en medio de un pueblo incrédulo y sin valores. Se dirigió al desierto creyendo en la promesa de Dios de que iba a dirigirlo. Vivió por la fe, pero con el tiempo, también hizo valer los principios divinos en su vida. En rigor de verdad, los que genuinamente viven por la fe, siendo salvos por la gracia, inevitablemente cumplen con los deberes de la vida cristiana. La Ley de Dios es grabada en el corazón de aquél que ama a Dios con todo su corazón (Hebreos 8:10). Aunque Abrahán hubiera fallado algunas veces, su madurez espiritual y su fe se desarrollaron a medida de su relación y comunión con Dios. Tanto él como su familia fueron alcanzados por las promesas conforme este llamado, cumpliendo las leyes, estatutos y ordenanzas del Señor (Génesis 26:5). Esto no implica salvación por las obras, sino sumisión, amor y devoción. Es como sucede en el matrimonio. Nadie se casa para seguir con pasión las leyes relativas al matrimonio. El motivo de la unión de dos personas es el amor. Las reglas matrimoniales se cumplen como consecuencia del amor de una pareja. Abrahán amó tanto a Dios que hizo lo mejor posible para seguir su voluntad en toda circunstancia. Así, del mismo modo en como lo hizo con Abrahán, Dios desea hacer un pacto con nosotros. En este pacto nosotros somos, o seremos, los más favorecidos. Dios desea concedernos la justicia de su Hijo para conducirnos gratuitamente por la gracia hasta la redención eterna. Sin embargo, este camino no es largo, sino estrecho (Mateo 7:13), pues exigirá de nosotros obediencia y mucha renuncia. Pero en el día en el que adjudiquemos algún crédito de justicia o salvación a nuestra propia obediencia, este pacto dejará de serlo en el más pleno sentido de la palabra, el verdadero Pacto establecido por Dios.

Lecturas adicionales

"Después del diluvio, una vez más se multiplicaron los habitantes de la tierra, y también aumentó la impiedad. La idolatría llegó a ser casi universal, y finalmente el Señor dejó que los endurecidos transgresores siguieran sus malos caminos, mientras él eligió a Abrahán, del linaje de Sem, y lo convirtió en guardián de su ley para las generaciones futuras" (Manuscrito 65, 1906; citado en "Comentarios de Elena G. de White", *Comentario bíblico adventista*, tomo 1, p. 1106).

"Este mismo pacto le fue renovado a Abrahán en la promesa: 'En tu simiente serán benditas todas las gentes de la tierra' (Génesis 22:18). Esta promesa dirigía los pensamientos hacia Cristo. Así la entendió Abrahán (véase Gálatas 3:8, 16), y confió en Cristo para

obtener el perdón de sus pecados. Fue esta fe la que se le contó como justicia. El pacto con Abrahán también mantuvo la autoridad de la ley de Dios. El Señor se le apareció y le dijo: ‘Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí, y sé perfecto’. El testimonio de Dios respecto a su siervo fiel fue: ‘Oyó Abrahán mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes’, y el Señor le declaró: ‘Estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu simiente después de ti en sus generaciones, por alianza perpetua, para serte a ti por Dios, y a tu simiente después de ti’ (Génesis 17:1, 7; 26:5)”.

“Aunque este pacto fue hecho con Adán, y más tarde se le renovó a Abrahán, no pudo ratificarse sino hasta la muerte de Cristo. Existió en virtud de la promesa de Dios desde que se indicó por primera vez la posibilidad de redención. Fue aceptado por fe: no obstante, cuando Cristo lo ratificó fue llamado el pacto nuevo. La ley de Dios fue la base de este pacto, que era sencillamente un arreglo para restituir al hombre a la armonía con la voluntad divina, colocándolo en situación de poder obedecer la ley de Dios” (*Patriarcas y profetas*, p. 387).

“Si bajo el pacto abrahánico no hubiera sido posible que los seres humanos guardaran los mandamientos de Dios, todos estaríamos perdidos. El pacto abrahánico es el pacto de la gracia. ‘Por gracia sois salvos’ [se cita Juan 1: 11, 12]. ¿Hijos desobedientes? No, obedientes a todos los mandamientos divinos. Si no fuese posible que fuéramos observadores de los mandamientos, entonces ¿por qué hace Dios de la obediencia a sus mandamientos la prueba de que lo amamos?” (Carta 16, 1892; citada en “Comentarios de Elena G. de White”, *Comentario bíblico adventista*, tomo 1, p. 1106).

“La incondicional obediencia de Abraham fue uno de los casos más notables de fe y confianza en Dios que se encuentran en los anales sagrados. […]Los mensajeros de Dios necesitan hoy una fe y una confianza como la que tuvo Abraham” (*Testimonios para la iglesia*, tomo 4, p. 516).

“En el principio Dios dio su ley a la humanidad como medio de alcanzar felicidad y vida eterna” (*Patriarcas y profetas*, p. 133).

“Los Diez Mandamientos, con sus órdenes y prohibiciones, son diez promesas que se nos aseguran si prestamos obediencia a la ley que gobierna el universo. ‘Si me amáis, guardad mis mandamientos’. Aquí están el meollo y la sustancia de la ley de Dios. Aquí están bosquejados los términos de la salvación para cada hijo e hija de Adán” […]

“Los diez santos preceptos enunciados por Cristo en el monte Sinaí fueron la revelación del carácter de Dios e hicieron conocer al mundo el hecho de que él tenía potestad sobre toda la heredad humana. Esa ley de los diez preceptos del amor más grande que pueda ser presentado al hombre es la voz del Dios del cielo que habla al alma la promesa: ‘Haz esto, y no quedarás bajo el control y dominio de Satanás". No hay nada negativo en aquella ley aunque parezca así. Es Haz, y Vivirás’” (Manuscrito 41, 1896; Carta 89, 1898; citados en “Comentarios de Elena G. de White; *Comentario bíblico adventista*, tomo 1, p. 1119).

“La condición para alcanzar la vida eterna es ahora exactamente la misma de siempre, tal cual era en el paraíso antes de la caída de nuestros primeros padres: la perfecta obediencia a la ley de Dios, la perfecta justicia. Si la vida eterna se concediera con alguna condición inferior a ésta, peligraría la felicidad de todo el universo. Se le abriría la

puerta al pecado con todo su séquito de dolor y miseria para siempre" (*El camino a Cristo*, pp. 61, 62).

"Cristo no disminuye las exigencias de la ley. En un lenguaje inconfundible, presenta la obediencia a ella como la condición de la vida eterna: la misma condición que se requería de Adán antes de su caída. El Señor no espera menos del alma ahora que lo que esperó del hombre en el paraíso: perfecta obediencia, justicia inmaculada. El requisito que se ha de llenar bajo el pacto de la gracia es tan amplio como el que se exigía en el Edén: la armonía con la ley de Dios, que es santa, justa y buena" (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 322, 323).

"La norma de carácter presentada en el Antiguo Testamento es la misma que se presenta en el Nuevo Testamento. No es una medida o norma que no podamos alcanzar. Cada mandato o precepto que Dios da tiene como base la promesa más positiva. Dios ha provisto los elementos para que podamos llegar a ser semejantes a él, y lo realizará en favor de todos aquellos que no interpongan una voluntad perversa y frustren así su gracia" (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 66).

Abrahán, Sara y Agar

Gálatas 4:21-31; Génesis 16

Sara y Abrahán tenían un sueño: tener un hijo. Dios también tenía un sueño, el de concederles a esta pareja un hijo. Notemos que cuando nuestros sueños se emparejan con los sueños de Dios, no hay manera que estos no se concreten. El gran problema en muchas de las veces no reside tanto en el hecho de que Dios apruebe nuestros sueños, sino en el modo en cómo nosotros conducimos todo para que éste se concrete. Abrahán es un ejemplo carísimo de los que buscan tomar atajos para cumplir con los supuestos designios de Dios. Junto con su esposa, intentó darle una manito a Dios y acabó tomando un camino equivocado. A veces hacemos lo mismo al intentar llevar a cabo nuestros sueños. Oramos, entregamos todo en las manos de Dios, pero cuando el cumplimiento del sueño se demora, entonces comenzamos a urdir una estrategia para acortar el cumplimiento de la promesa, creyendo con eso que le estamos dando una "ayudita" a Dios. Siempre que interpongamos nuestras manos entre nosotros y Dios, terminaremos obteniendo muchos dolores de cabeza. Dios había hecho un pacto con Abrahán y Sara, y no con Abrahán y Agar. Cuando Ismael nació, el patriarca ofreció a Ismael como heredero, pero Dios lo rechazó. Dios no rechazó a Ismael como hijo, sino lo rechazó como descendiente del pacto entre ambos. No podía aceptarlo, pues era descendiente de la desobediencia y, por consiguiente, del pecado. Isaac, que nacería más tarde, sería el hijo legítimo del pacto y la promesa de Dios. En su bondad y compasión, Dios tolera muchas cosas, pero las consecuencias permanecen, y traen dolor y sufrimiento. Y esto Abrahán y Sara lo cosecharon hasta el final de sus días.

Lecturas adicionales

"Si Abraham y Sara hubieran esperado con fe inconmovible el cumplimiento de la promesa de que tendrían un hijo, se habrían evitado muchos sinsabores. Creían que las cosas sucederían como Dios las había prometido, pero no podían creer que Sara, a su edad, pudiera tener un hijo. Ella sugirió un plan por medio del cual creía que se podría cumplir la promesa de Dios. Suplicó al patriarca que tomara a Agar por esposa. En esto

ambos manifestaron falta de fe y perfecta confianza en el poder divino. Al escuchar la voz de Sara y al tomar a Agar como esposa, Abraham no soportó la prueba de su fe en el ilimitado poder de Dios, y acarreó mucha infelicidad sobre Sara y sobre sí mismo. El Señor quería probar la firmeza de la fe y la confianza del patriarca en sus promesas" (*La historia de la redención,* p. 79).

"Después del nacimiento de Ismael el Señor se manifestó nuevamente a Abraham y le dijo: 'Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo'. De nuevo el Señor repitió por medio de su ángel la promesa de dar un hijo a Sara, y que ella sería madre de muchas naciones. El patriarca aún no comprendía la promesa de Dios. Inmediatamente pensó en Ismael, como si por medio de él habrían de surgir las numerosas naciones prometidas, y entonces exclamó, impulsado por el amor que sentía por su hijo: '¡Ojalá Ismael viva delante de ti!'.

"De nuevo Dios le dio la promesa a Abraham en forma más definida: 'Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él'. Algunos ángeles frieron enviados por segunda vez a fin de hablar con Abraham mientras iban en camino para destruir Sodoma, y le repitieron la promesa en forma más definida aun que Sara tendría un hijo" (*La historia de la redención,* pp. 80, 81).

"Abraham había notado los resultados que desde los días de Caín hasta su propio tiempo dieran los casamientos entre los que temían a Dios y los que no le temían. Tenía ante los ojos las consecuencias de su propio matrimonio con Agar y las de los lazos matrimoniales de Ismael y de Lot. La falta de fe de Abraham y de Sara había dado lugar al nacimiento de Ismael, mezcla de la simiente justa con la impía. La influencia del padre sobre su hijo era contrarrestada por la de los idólatras parientes de su madre, y por la unión de Ismael con mujeres paganas. Los celos de Agar y de las esposas que ella había elegido para Ismael, rodeaban a su familia de una barrera que Abraham trató en vano de romper" (*Patriarcas y profetas,* p. 171).

Agar y el monte Sinaí

Gálatas 4:21-31; Éxodo 6:2-8; 19:3-6; Deuteronomio 32:10-12; Éxodo 19:7-25; Hebreos 8:6, 7

El pacto hecho por Dios con Abrahán era un pacto de fe y gracia. Del mismo modo, el pacto hecho con Israel en el monte Sinaí poseía las mismas credenciales de la fe y la gracia. La Ley de Dios dad en el Sinaí formaba parte del pacto, pues mostraba la pecaminosidad del hombre delante de Dios. Así alimentaba en el fuero íntimo de los hebreos el deseo y la necesidad de un poder que estaba fuera de ellos, en la promesa de un Redentor representado en el cordero. La Ley no salva, sólo muestra la necesidad de un Salvador. Pero si se la convierte en un instrumento de salvación, entonces deja de conducir al pecador a Cristo. El pueblo de Israel no entendió el significado del pacto y terminó por transformarlo en un pacto por las obras de la Ley (Éxodo 19:8). Pablo tenía esto en mente cuando les presentó su equivocación a los cristianos legalistas de Galacia. Para los israelitas, la Ley había perdido su verdadero significado y la convirtieron en un instrumento de salvación. La Ley sólo es capaz de conducirnos a Cristo si no ejerce ningún rol que le corresponda a la gracia. La Ley debe enaltecer a la gracia y hacer valer el sacrificio sustitutivo de Cristo. Mostrar el pecado y la condenación a través de sus letras, pero presentar que en Jesús la esperanza de una vida nueva puede ser posible.

Agar, en el relato bíblico, simboliza el intento de Israel de convertir al pacto en un plan de rescate de lo que el hombre puede ofrecer. Y esto resultará siempre en un fracaso, tal como sucedió en el caso de Agar en el pasado.

Lecturas adicionales

"Así como la Biblia presenta dos leyes, una inmutable y eterna, la otra provisional y temporaria, así también hay dos pactos. El pacto de la gracia se estableció primeramente con el hombre en el Edén, cuando después de la caída se dio la promesa divina de que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza. Este pacto puso al alcance de todos los hombres el perdón y la ayuda de la gracia de Dios para obedecer en lo futuro mediante la fe en Cristo. También les prometía la vida eterna si eran fieles a la ley de Dios. Así recibieron los patriarcas la esperanza de la salvación..."

"Otro pacto, llamado en la Escritura el pacto 'antiguo', se estableció entre Dios e Israel en el Sinaí, y en aquel entonces fue ratificado mediante la sangre de un sacrificio. El pacto hecho con Abraham fue ratificado mediante la sangre de Cristo, y es llamado el 'segundo' pacto o 'nuevo' pacto, porque la sangre con la cual fue sellado se derramó después de la sangre del primer pacto. Es evidente que el nuevo pacto estaba en vigor en los días de Abraham, puesto que entonces fue confirmado tanto por la promesa como por el juramento de Dios, 'dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta' (Hebreos 6:18)".

"Pero si el pacto confirmado a Abraham contenía la promesa de la redención, ¿por qué se hizo otro pacto en el Sinaí? Durante su servidumbre, el pueblo había perdido en alto grado el conocimiento de Dios y de los principios del pacto de Abraham. Al libertarlos de Egipto, Dios trató de revelarles su poder y su misericordia para inducirlos a amarle y a confiar en él. Los llevó al mar Rojo, donde, perseguidos por los egipcios, parecía imposible que escaparan, para que pudieran ver su total desamparo y necesidad de ayuda divina; y entonces los libró. Así se llenaron de amor y gratitud hacia él, y confiaron en su poder para ayudarles. Los ligó a sí mismo como su libertador de la esclavitud temporal" (*Patriarcas y profetas,* pp. 386-388).

"El pacto de la gracia no es una verdad nueva, porque desde la eternidad existió en la mente de Dios. Por esa razón es llamado pacto eterno" (*Signs of the Times*, 24 de agosto de 1891).

"Sólo hay esperanza para nosotros cuando nos ponemos bajo el pacto hecho con Abrahán, que es el pacto de gracia por la fe en Cristo Jesús. El Evangelio predicado a Abrahán, por medio del cual tuvo esperanza, es el mismo Evangelio que nos es predicado a nosotros hoy, mediante el cual tenemos esperanza. Abrahán contempló a Jesús, quien es también el Autor y Consumador de nuestra fe" (*Youth's Instructor*, 22 de septiembre, 1892; citado en "Comentarios de Elena G. de White", *Comentario bíblico adventista*, tomo 6, p. 1077).

Ismael e Isaac hoy

Gálatas 4:28-31; Génesis 21:8-12

Los que viven por las obras, refugiándose en ellas como recurso salvífico jamás serán descendientes según la promesa hecha a Abrahán, pues el pacto hecho con el patriarca se basó en la fe y no en las obras de la Ley. Aquellos que pretendan hacerlo no estarán siguiendo a Isaac, el heredero de la promesa, sino a Ismael, lo que representa buscar la promesa por los propios esfuerzos.

Hemos visto dos historias que toman caminos diferentes. Estos dos caminos, por consiguiente, se han convertido en enemigos. Esta enemistad, literalmente ha significado gran animosidad entre los mundos árabe y judío. No obstante, las diferencias que realmente nos interesan están en el ámbito espiritual, las cuales pueden darse bien debajo de nuestras narices. Este conflicto entre los dos grupos existe aún dentro de la propia iglesia y fuera de ella, y representan conflictos espirituales que se dan en todo momento. Llegará el tiempo en el que este conflicto será más intenso y la persecución a los verdaderos descendientes será cada vez mayor. Esta disparidad existe desde cuando el pecado entró en el mundo, cuando Abel fue asesinado por su propio hermano, y llegará hasta los súbditos del reino celestial en pleno siglo XXI. Ismael e Isaac, un hijo de la obediencia y del pacto hecho por la gracia, y el otro hijo, el de la desobediencia y el pacto transformado en la voluntad humana por encima de la divina. Un grupo es totalmente sumiso al “Así dice Jehová”, mientras que el otro está sometido al “Así digo yo”. Un grupo se deleita en cumplir los designios de Dios, y el otro se deleita en cumplir con las exigencias del mundo. Un grupo vive por la fe y ama la corrección y la justicia; el otro vive por sus propias obras y detesta la corrección y la justicia. Un grupo, como Moisés, siempre se quita las sandalias de sus pies para presentarse delante de Dios; el otro grupo se rehúsa a hacerlo, e intenta presentarse delante de Dios siguiendo sus propios modos. Un grupo adora al Señor y lo alaba tal como Dios desea y orienta, mientras que el otro adora y alaba siguiendo sus propias normas. Un grupo, como Abel, ofrece a Dios aquello que satisface a Dios, mientras que el otro grupo ofrece a Dios sus propios gustos y voluntad. Esta disparidad siempre estará latente hasta el fin: Isaaques versus Ismaeles. A través de los Isaac de nuestro siglo, Dios proclama el mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis 14, el mensaje del “evangelio eterno”, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, para librar a los sinceros que aún no han sido esclavizados por la Babilonia espiritual. Muchos escucharán la voz del verdadero pastor y aceptarán someter su voluntad a la voluntad divina.

Lecturas adicionales

“Lo que Dios quiso hacer en favor del mundo por Israel, la nación escogida, lo realizará finalmente mediante su iglesia que está en la tierra hoy. Ya dio ‘su viña... a renta a otros labradores’, a saber a su pueblo guardador del pacto, que le dará fielmente ‘el fruto a sus tiempos’. Nunca ha carecido el Señor en esta tierra de representantes fieles, que consideraron como suyos los intereses de él. Estos testigos de Dios se cuentan entre el Israel espiritual, y se cumplirán en su favor todas las promesas del pacto que hizo Jehová con su pueblo en la antigüedad. Hoy la iglesia de Dios tiene libertad para llevar a cabo el plan divino para la salvación de la humanidad perdida. Durante muchos siglos el pueblo de Dios sufrió la restricción de sus libertades. Se prohibía predicar el evangelio en su pureza, y se imponían las penas más severas a quienes osaran desobedecer los mandatos de los hombres. En consecuencia, la gran viña moral del Señor quedó casi

completamente desocupada. El pueblo se veía privado de la luz que dimana de la Palabra de Dios. Las tinieblas del error y de la superstición amenazaban con borrar todo conocimiento de la verdadera religión. La iglesia de Dios en la tierra se hallaba tan ciertamente en cautiverio durante ese largo plazo de implacable persecución, como estuvieron los hijos de Israel cautivos en Babilonia durante el destierro".

"Pero, gracias a Dios, su iglesia no está ya en servidumbre. Al Israel espiritual han sido devueltos los privilegios que fueron concedidos al pueblo de Dios cuando se le libertó de Babilonia. En todas partes de la tierra, hombres y mujeres están respondiendo al mensaje enviado por el cielo, acerca del cual Juan el revelador profetizó que sería proclamado antes del segundo advenimiento de Cristo: 'Temed a Dios, y dadle honra; porque la hora de su juicio es venida' (Apocalipsis 14:7)".

"Las huestes del mal no tienen ya poder para mantener cautiva a la iglesia, porque 'ha caído, ha caído Babilonia, aquella grande ciudad', que 'ha dado a beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación'; y al Israel espiritual se da este mensaje: 'Salid de ella, pueblo mío, porque no seáis participantes de sus pecados, y que no recibáis de sus plagas' (Apocalipsis 14:8; 18:4). Así como los cautivos desterrados escucharon el mensaje: 'Huid de en medio de Babilonia' (Jeremías 51:6), y fueron devueltos a la tierra prometida, los que hoy temen a Dios prestan atención a la orden de retirarse de la Babilonia espiritual, y pronto se destacarán como trofeos de la gracia divina en la tierra hecha nueva, la Canaán celestial" (*Profetas y reyes,* pp. 526-528).

"El que vino a redimir al mundo perdido tuvo la oposición de las fuerzas unidas de los enemigos de Dios y del hombre. En una confederación despiadada, los hombres y los ángeles malos se alinearon en orden de batalla contra el Príncipe de paz. Aunque la compasión divina se notaba en cada una de sus palabras y acciones, su diferencia del mundo provocó una hostilidad amarguísima. Porque no daba licencia a la manifestación de las malas pasiones de nuestra naturaleza, excitó la más cruel oposición y enemistad. Así será con todos los que vivan piadosamente en Cristo Jesús. Entre la justicia y el pecado, el amor y el odio, la verdad y el engaño, hay una lucha imposible de suprimir. Cuando se presentan el amor de Cristo y la belleza de su santidad, se le restan súbditos al reino de Satanás, y esto incita al príncipe del mal a resistir. La persecución y el oprobio esperan a quienes están dominados por el Espíritu de Cristo. El carácter de la persecución cambia con el transcurso del tiempo, pero el principio o espíritu fundamental es el mismo que dio muerte a los elegidos de Dios desde los días de Abel" (*El discurso maestro de Jesucristo,* pp. 28, 29).



Gilberto G. Theiss
Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática